

APUNTES NECROLÓGICOS.

EL DOCTOR LANDA.

«Transire benefaciendo.»

Arrasados los ojos en lágrimas tomamos hoy la pluma. Ni la disposición de nuestro ánimo ni nuestras aptitudes nos permiten escribir nada digno de aquel á quien estas líneas se dedican: pero se nos ha significado el deseo de que trazásemos algunos apuntes biográficos del Dr. Landa, tan solo por creer que la inalterable y fraternal amistad que entre nosotros existió desde la niñez nos permitía conocer todo lo que valia el que hoy lloramos, y, ciertamente, no hemos de negarnos á rendir este tributo de cariño á su memoria.

El hacerlo es tambien cumplir un deber de justicia; que en estos menguados tiempos de farsa y de reclamo, son escasos los hombres del mérito de nuestro pobre amigo, y más raros aún los que, como él, ocultan su valor con el mismo empeño que ponen en exhibirse tantas y tantas pseudo-notabilidades de primera fila.

Vamos, pues, á recordar algunos hechos de su noble vida, procurando, á la vez, esbozar su fisonomía moral.

D. Nicasio Landa y Alvarez de Carballo, nació en Pamplona en 11 de Octubre de 1831. Su padre, el ilustrado Doctor D. Rufino, desempeñaba la cátedra de Anatomía de aquel Real Colegio de Navarra de San Cosme y San Damian; que tan alto colocó el nombre científico de nuestro antiguo Reino enviando profesores notables de su seno á las Universidades de Madrid y Zaragoza.

Nicasio Landa obtenia el grado de bachiller en filosofía en Pamplona, en 1846, y el de Licenciado en Medicina y Cirujía, en Madrid, en 1854.

Un año despues invadia el cólera á Nabarra sembrando el terror y la desolacion por todas partes. Ocasion era esta que no podia desperdiciar una alma como la del jóven médico, henchida de amor á la humanidad y á la ciencia; lanzóse, pues, con entusiasmo á combatir el terrible azote, y asistió gratuitamente á los invadidos de diferentes poblaciones, viviendo entre los apestados durante más de cinco meses. Trasladóse más tarde á Madrid, donde el 7 de Octubre de 1855 recibió la investidura de Doctor en Medicina y Cirujía, por unanimidad, en la Universidad Central, y prévias brillantísimas oposiciones fué nombrado en 15 de Diciembre médico de entrada en el cuerpo de Sanidad Militar, regresando luego á Pamplona, en cuyo Instituto desempeñó interinamente la Cátedra de Historia Natural.

Ascendido á 2.^o ayudante con destino al Regimiento de Zaragoza, marchó en 1858 con el mismo á Madrid, donde á la vez que cumplia ejemplarmente los deberes de su cargo, daba libre curso á su constante amor al estudio y á sus aficiones literarias. Allí fué fundador y Director del periódico *Memorial de Sanidad del Ejército y Armada* y publicó una *Memoria sobre la alimentacion del soldado*, recomendada en el Memorial de infantería.

Corria el año 1859; los ultrajes inferidos á nuestra bandera por las salvajes tribus marroquíes habían comovido hondamente el sentimiento pátrio, y pueblo y ejército, identificados en una misma noble aspiracion, demostraban que, a pesar de nuestra prolongada decadencia, aún palpitaba en el fondo de nuestra raza el espíritu tradicional de la vieja España; era un hermoso despertar tras de largo y profundo abatimiento, y aquella explosion del entusiasmo general presentaba los caracteres precursores de nuestras grandes epopeyas. El lenguaje de los periódicos de esa época y los cantos de nuestros poetas dan la medida de aquella fiebre nacional; la guerra se imponia y no tardó en ser declarada.

¡Qué hermosa empresa para un carácter caballeresco como el de Landa!

«¡Quién podia oir con indiferencia, escribia éste algun tiempo despues, el grito de *¡Guerra al moro!* que, como el *Dios lo quiere* de Pedro el Ermitaño removía las más nobles fibras del corazon»...

«Entonces comprendimos muy bien el entusiasmo de los Cruzados, porque todos lo sentimos»....

«Yo escuché aquel grito de guerra y ardimiento entre las rocas

ceñidas de bosques, coronadas de nieblas del monte Aralar y de la sierra de Andia; ví estremecerse aquellas montañas, nunca pisadas por el infiel, y pintarse el entusiasmo y la ira en las severas facciones del fiero euskalduna, descendiente de los vencedores del Miramamolín en las Navas. Pocos días después alcanzaba la deseada honra de formar parte del ejército de Africa, y el 17 de Noviembre me embarcaba á bordo del *Provence* en la bahía de Alicante».¹

Incorporóse á las tropas en el campamento del Serrallo el 23 del mismo mes, y ya los días 24 y 25 asistió con el E. M. del General Echagüe, y el 30 con el del General en Jefe, á los combates del Boquete de Anghera y los Reductos, quedando luego encargado de aquel hospital de coléricos establecido en Ceuta cuyo lúgubre aspecto y mortífera atmósfera, tan honda impresion de horror habia producido en un eminente escritor francés que lo visitó entonces.²

Pero el conocimiento que de las excepcionales cualidades de Landa tenían sus jefes no le permitía punto de reposo; en 1.º de Enero de 1860 fué trasladado al cuartel general del general en jefe, y en comisión al hospital flotante vapor «Barcelona», en el que el mismo día se embarcaba, recogiendo en la plaza de los Castillejos 160 heridos que trasladaba á Cádiz. El 6 se hallaba ya en el paso de las Lagunas y luego en las acciones de Montenegron, río Azmir y Cabo negro, recogía nuevamente 167 heridos y los transportaba á Málaga. El 31 asistía con el general en jefe á la acción de los llanos de Tetuan y curaba á las víctimas de aquella pelea sobre el campo de batalla. Terminada ésta, recogía, curaba y se llevaba á Cádiz en su buque otros 190 heridos, y ya el 11 de Marzo se encontraba en la acción de Samsa; el 23 en la batalla de Vad Ras, con el general Odonell, y después con Prim en el paso del puente de Buceja y toma del Aduar de Amial. En aquel reñido combate expuso gravemente su vida curando heridos y practicando amputaciones bajo el fuego enemigo, y por la noche se encargó del hospital establecido en dicho Aduar, mansion tristísima, donde los ayes de dolor se confundían con el siniestro detonar de las espingardas africanas, que á corta distancia resonaba, y los ánimos estaban bajo el temor de una sorpresa!

Pero enumerar todos los servicios prestados por Landa durante

(1) «La campaña de Marruecos; memorias de un médico militar.» (Pág. 22).

(2) Ch. Iriart.

aquella guerra sería tarea cansada, y punto menos que imposible recordar los actos de abnegacion que á todas horas realizara; la curacion de los heridos y las operaciones más graves practicadas en el campo mientras las balas enemigas llovian á su lado; la atmósfera, letal y las desgarradoras escenas de los hospitales; las arriesgadas travesías en su buque, arrostrando furiosos temporales; los dias sin reposo y las noches sin sueño, todo esto constituía entónces la normalidad de su existencia. Y, sin embargo, aun no se daba por satisfecha su incansable actividad; todavía encontraba medio de escribir, ora bajo el lienzo de una tienda, ora sobre la silla del caballo, ora en la sala de guardia de un hospital, ora en el camarote de un buque, consignando dia por dia las impresiones que en su ánimo de pensador y de poeta producian tantas escenas sublimes ó terribles! Así se hizo aquel hermoso y hoy casi desconocido libro que antes mencionamos, verdadero poema de lágrimas y glorias, historia exactísima de aquella campaña, considerada con los ojos del médico cristiano y del ferviente patriota, y cuyo único objeto, segun su autor declara, era ensalzar el heróico sufrimiento de nuestros soldados y magnificar la abnegacion de que tantas pruebas ha dado el cuerpo de Sanidad.

Concluida la guerra, volvió Landa á Madrid, y en 7 de Enero de 1863 ascendió por antigüedad á primer ayudante; un mes despues desembarcaba en Santa Cruz de Tenerife para asistir á los enfermos civiles de fiebre amarilla, que entonces asolaba las Islas Canarias. Aquella mortífera epidemia presentaba, sobre todo para él, serios peligros, y así lo comprendia Landa, como lo prueban las siguientes líneas que entonces escribia; pero en ellas encontraremos tambien el secreto de su imperturbable y sereno valor de siempre.

«Estamos, pues, en el fuego: respiramos ya el aire envenenado que para tantos ha sido letal; los miasmas mortíferos invisibles é impalpables nos rodean; la fiebre, cautelosa como una serpiente entre las lianas de un bosque de América, desliza en torno de nuestros piés los anillos temibles de su piel fría, viscosa y amarilla. Acabamos de salir de entre las nieves del Norte para llegar á un clima intertropical, que jamás habíamos pisado; somos, pues, los ménos aclimatados, los más aptos para contraer el mal de cuantos hoy existen en esta poblacion; pero no importa; la perspectiva del peligro no hace disminuir en nuestros pechos la confianza grande, viva, inmensa en la bondad de Dios, cuyos misteriosos designios nos han traído aquí, y sin cuyo permiso

no se mueve la hoja en el árbol; no altera la seguridad que tenemos de que aquel que cuida de los pajarillos del aire y de los lirios del campo, cuidará también de nosotros; y si *Deus nobiscum, quis contra nos?*"

Dios le permitió, en efecto, cumplir la humanitaria misión que á aquellas islas le llevara, y terminada la epidemia se incorporó á su Batallón en Pamplona.

Preparábase por entonces la Conferencia Internacional de Ginebra, y el Gobierno encargó á Landa la representación de España en aquel Congreso. De la parte que tomó en sus discusiones, y del brillante papel que allí hizo, dan testimonio las actas de sus sesiones y el establecimiento de la Asociación de la Cruz Roja en nuestra patria, que él fundó. Después de estudiar la organización del Ejército suizo en su ramo sanitario y el tratamiento rápido de algunas enfermedades contagiosas en diferentes hospitales militares de Bélgica y París, regresó á España.

Hacia el año 1865 inventó el *Mandil de Socorro* para retirar heridos del campo de batalla, recibiendo felicitaciones de Méjico, los Estados Pontificios, Francia y Prusia, que prescribió su adopción para la campaña de Bohemia. Pasó nuevamente, en 1867, á la capital del vecino imperio, para asistir á la Conferencia Internacional de socorro á los heridos, como delegado de la Asamblea de España; obtuvo dos medallas y condensó en una notable Memoria los estudios que allí hizo.

La guerra entre Francia y Alemania vino en 1870 á despertar serias preocupaciones en toda Europa; aquellas gigantescas hecatombes agravadas con los rigores de un invierno excepcional, conmovían todos los corazones y no podían ménos de despertar la generosa actividad de Landa; por iniciativa suya se abrió en Navarra una suscripción en favor de los heridos franco-alemanes, y poco después marchaba, como fundador de la Obra de Socorro, á conferenciar con el Comité Internacional de Ginebra. Pasó luego á Basilea y al Gran Ducado de Baden; visitó los hospitales de campaña y se detuvo en Calsruhe para asistir á los heridos de Francia, acto que premió esa nación con la Cruz de bronce.

En aquellos momentos otra guerra ménos grande, pero más dolorosa para nosotros se encendió en nuestro suelo; supo Landa que su regimiento salía á operaciones, y regresó precipitadamente á Pamplona. Allí estuvo prestando diferentes servicios, hasta que en Abril de

1872 fué destinado su batallón á la vanguardia del ejército del Norte al mando de Moriones, encargándosele las funciones de jefe de Sanidad. Así asistió á las acciones de Arizala y Oroquieta, regresando el 6 de Mayo con los heridos de la columna; pero una vez instalados estos, recordaba Landa que en aquel pueblecillo quedaban muchos carlistas, á los que la desgracia convertía de adversarios en hermanos, y á ellos era preciso atender; aun cuando la Asociación de la Cruz Roja se había creado solamente para guerras internacionales, Nabarra, gracias á él, tiene la gloria de haber hecho extensiva su acción benéfica á las luchas civiles, saliendo por primera vez al campo una ambulancia á cuyo frente estaba nuestro amigo, la cual socorrió solicita á los heridos mencionados. Desde entonces acudió Landa á casi todos los campos de combate. Los de Lecumberri, Udabe, Puente, Echauri y otros muchos le vieron siempre incansable haciendo el bien. En Abril de 1874, se incorporaba en Somorrostro al cuartel general del ejército del Norte, como director de las ambulancias de la Cruz Roja y demás sociedades de Socorro Voluntario, y con ellas asistió á todos los encuentros de aquellos días. El 24 de Mayo instalaba en Miranda un hospital de 100 camas, corría á incorporarse al cuartel general del Marqués del Duero; se hallaba en las acciones de los cuatro días siguientes sobre Estella y veía morir á aquel caudillo.

Comisionado en Julio para recoger los heridos del ejército que habían quedado en poder de los carlistas marchó de Tafalla á Irache, con graves riesgos, conduciendo un convoy de 60 carros, y cumplida su misión regresó á Logroño. El recuerdo de su actitud digna y respetuosa á la vez al visitar el campo contrario, no se ha borrado aún, y ha sido noblemente evocado estos días por la prensa carlista de la Corte.

Permaneció después Landa en Pamplona durante el bloqueo, siempre consagrado á sus tareas humanitarias, no habiendo asistido á las conferencias internacionales de Viena y Ginebra á donde el Gobierno le delegó, por permanecer en su puesto del ejército del Norte.

Terminada la guerra fué enviado oficialmente al Congreso médico-militar internacional de París, en 1878; dos años después, pasó á Francia é Inglaterra para estudiar el manejo del material Sanitario: visitó París, el campamento de Aldershot y la Academia de Netley y asistió al Congreso del Instituto de Derecho Internacional en la Universidad de Oxford, siendo uno de los ponentes para la redacción del Manual de las leyes de la guerra. En 1881, tomaba parte en los traba-

jos del Congreso médico internacional de Londres, como delegado de España, y aquella eminente Asamblea le nombraba vice-presidente de la Sección de Medicina Militar. En 1883 fué nombrado Director efectivo del Hospital militar de Pamplona, á cuyas notables mejoras tanto contribuyó; y en 1885, á petición propia, lo fué del campamento de coléricos establecido en el baluarte de San Bartolomé. Al año siguiente fué destinado al Cuerpo y Cuartel de Inválidos y ascendió por antigüedad á Sub-inspector de 1.^a clase, con destino á la Dirección Sub-inspección de Navarra.



Pero la vida oficial de Landa, con ser tan brillante, no da, sin embargo, cumplida idea de sus merecimientos; á la vez que tan grandes servicios prestaba á su país, continuaba dedicado incesantemente al estudio teórico y práctico de las enfermedades y seguía al día el movimiento científico; lo que era como médico no podemos juzgarlo nosotros; demuéstrole el aprecio respetuoso de sus comprofesores, que le nombraban Presidente del Congreso Médico Regional de Navarra reunido en Tafalla en 1886 para el estudio del cólera; díganlo también las sentidísimas manifestaciones de cariño que á su muerte le han dedicado.

Los méritos de Landa como escritor científico y como literato son también grandes; además de las notables Memorias que escribió después de cada una de las muchas comisiones que desempeñó en el extranjero, y de otras varias que sería prolijo enumerar, publicó en 1860 el precioso libro que antes mencionamos, titulado *La Campaña de Marruecos; Memorias de un médico militar*. En 1863, un trabajo sobre el cólera, que premió la Real Academia de Medicina nombrándole su socio corresponsal; poco después el interesante y poético relato *Viaje á Canarias*, del que se hicieron dos ediciones, y en 1866 un tratado sobre *Transporte de heridos por vías férreas y navegables*, cuya traducción francesa se imprimió en Bruselas. Al año siguiente dió á la imprenta su obra más importante: *El derecho de la guerra conforme á la moral*, que fué recomendada oficialmente en el Memorial de infantería y de la que se hicieron tres ediciones. Escribió un folleto titulado *La caridad en la guerra*, que fué traducido al holandés y publicado en Rotterdam, y los *Estudios sobre táctica de Sanidad militar*; tradujo y publicó las *Re-*

glas del servicio sanitario del ejército alemán; escribió otros folletos, que no recordamos en este momento, y fundó y dirigió el periódico *La Caridad en la Guerra*, órgano oficial de la Sociedad de Socorro en España, siendo también Director de la *Revista Euskara de Navarra* mientras no se lo impidieron sus cargos oficiales, y colaborador de la EUSKAL-ERRIA. Son además innumerables los artículos que escribió en revistas y periódicos de la Corte y de provincias; su talento tenía un notable carácter de universalidad que le permitía cultivar los géneros literarios más opuestos; para demostrar su competencia en Arqueología, ahí está su Memoria inédita acerca de las lápidas de Gastiain, y como gallarda muestra de su castizo y encantador estilo literario su *Tradición de San Fermín*, y sobre todo aquella admirable fantasía titulada *Una visión en la niebla*, tan impregnada de la grandiosa poesía de la naturaleza Pirenaica, tan henchida de amor filial á la patria euskara.

Su ilustración era vastísima; hablaba correctamente, además de la lengua materna, el latín, el francés y el italiano, y traducía el inglés y el alemán.

El espíritu de Landa reía todo grande y noble, se identificaba con ello y así lo reflejaba; ese grosero naturalismo erigido hoy en escuela, que busca prosélitos en la depravación humana y cultiva y explota la literatura como el labrador su campo, llenándola de cieno, le repugnó como el hedor de una cloaca; todo lo bueno, lo bello y generoso le subyugaba y hallaba en él un ardiente defensor. Hace ya años que pensaba en escribir un libro que por lo que comprendimos hubiera causado honda sensación, destinado á avivar en los corazones el odio á la guerra y la compasión hácia sus víctimas; más de una vez nos ha hablado también de su deseo de historiar alguna de esas grandes epopeyas de nuestro antiguo Reino, del que era ferviente admirador: admirador entusiasta, sí, porque su profundo amor á España, tantas veces probado, no le impedía amar con exaltación filial á Navarra, ni admirar sus glorias, su lengua milenaria, sus leyes, sus tradiciones y su grandeza pasada, ni le impedía tampoco llorar sus desgracias y su pérdida autonomía. Su inteligencia era demasiado elevada para como la mayor parte de nuestros políticos confundir la unidad que engrandece con la uniformidad que humilla y la familia euskara no tuvo hijo más cariñoso.

De ello dió testimonio siendo uno de los fundadores de la «Asociación Euskara de Navarra», cuya Revista, como dijimos, dirigió durante

los primeros tiempos, y, sobre todo, con motivo de la visita de la Reina Regente á Pamplona en 1886. ¡Cómo no recordar las hermosas frases pronunciadas por Landa al ofrecer á S. M. una medalla en nombre de aquella Asociacion! Ellas fueron las más nobles, las más impregnadas de amor á nuestra bendita tierra euskara, y, á la vez que profundamente respetuosas, las más independientes que la augusta Señora escuchó durante su residencia en el país Basco-nabarro; palabras doblemente meritorias en quien, como él, desempeñaba cargos oficiales.

Landa poseía un fondo de energía que muy pocos le supondrían al ver su habitual é inalterable dulzura; de ello podrian presentarse varias pruebas, pero recordaremos solo un rasgo brillante y elocuente. Luego de terminar la guerra de Africa, en 1860, hallábase como médico de Cazadores de Baza en el campamento de Torrejon de Ardoz, cuando cierta noche, al toque de retreta, oyóse un prolongado clamoreo: era que el batallon se habia sublevado, aprovechándose de la ausencia de una parte de la oficialidad. En aquellos críticos momentos, vióse á un hombre lanzarse el primero á contener á aquellas turbas; las arengó; se impuso á ellas; hizo formar la 1.^a Compañia, cuyo ejemplo arrastró á otras, y aquella rebelion quedó prontamente sofocada: ese hombre era Landa.¹

Pero la nota saliente del carácter de nuestro pobre amigo, era la bondad, la compasion profunda que despertaba en él todo infortunio, todo sufrimiento material ó moral; aunque espontáneo en él este impulso, se acrecentaba y mantenía por el sentimiento del deber; por su conciencia de católico. Lo que fué para todo el que sufría, di-celo unánime la voz pública. Apenas ha publicado la prensa local un artículo suyo que no fuera para iniciar una buena obra ó para prestarle su caloroso apoyo: á él se debe la creacion del *Asilo del Niño Jesús*; á él, en diferentes ocasiones, sentidos llamamientos á la caridad en favor de las heróicas *Siervas de María*, de las *Hermanitas de los pobres* y de otras benéficas instituciones.

El alma de Landa era profundamente religiosa; las tendencias materialistas, sobre todo en los médicos, le causaban horror y las consi-

(1) Los detalles de ese acto que lacónicamente consta en su hoja de servicios, nos han sido relatados por un respetable é ilustradísimo Jefe de esta guarnicion, que se encontraba entonces en Torrejon de Ardoz y supo lo ocurrido poco despues de acaecer.

deraba como una inconcebible aberracion; siempre que se le felicitaba por alguna curacion que realizara asomaba á sus labios la hermosa frase del célebre Ambroise Paré: «*Je le pensais; Dieu le guérit.*»

Nunca sintió ambicion de riquezas; pero apreciaba y agradecía las honras que sus trabajos le habian valido. Poseía la Cruz de Caballero de 3.^a clase del Aguila Roja de Prusia; la de Caballero de la órden de Carlos III; la de Comendador de Isabel la Católica; dos Cruces rojas y dos blancas del mérito militar; la de bronce de la Sociedad francesa de Socorro á los Heridos; una de las seis medallas del Instituto médico valenciano destinadas á premiar el heroismo en Sanidad Militar; la conmemorativa de la guerra de Africa; la de benemérito de la patria; la de Emulacion científica; la de plata de salvavidas del Sena; la de los libertadores de Bilbao; la de oro del Instituto Confucio de Burdeos; la placa de la Cruz Roja; la cruz de la Inclita órden de San Juan de Jerusalem en la lengua de Inglaterra, como caballero honorario, por servicios á la humanidad; y otras medallas de la guerra civil.

Era socio correspondiente de las Reales academias de la Historia y de Medicina; miembro efectivo del Instituto de Derecho internacional; individuo de la Sociedad francesa de Arqueología, Inspector general de la Asamblea española de socorro á los heridos, individuo de las Juntas provinciales de Instruccion y de Beneficencia, y vocal de la Comision de Monumentos de Navarra.

Tipo del caballero, ninguno mejor pudieron escoger nuestros gobiernos para confirmar en el extranjero la hidalguía española de otros tiempos; el respeto que tenia á los demás y el sentimiento de su propia dignidad eran causa de que aun á los más humildes tratase con exquisita cortesía, y de que ni su palabra ni su pluma se rebajasen con nada que trascendiese á libre ó chocarrero; siempre encontraba motivos de elogiar al prójimo ó de disculparle; jamás de murmurar.

Su nombre y su valer eran conocidos entre los hombres científicos de Europa y sobre todo en la capital de España, donde vivamente deseaban fijase su residencia; pero Landa sentía, apenas se ausentaba de Navarra, la nostalgia del valle nativo, y en él pensaba constantemente, lo mismo entre los esplendores de la Corte que ante las paradisíacas bellezas de la naturaleza intertropical en la Orotava. Sus mayores encantos se encerraban en el hogar; en las dulzuras de la vida de familia. Su solicitud, que á propios y á extraños se extendía, solo se olvidó de sí mismo, á pesar de los cariñosos consejos de los que le

rodeaban, y así la enfermedad que le ha llevado al sepulcro encontró su organismo profundamente quebrantado; comprendió desde luego la gravedad de su estado; soportó sus sufrimientos con admirable resignación; recibió fervorosísimo los Santos Sacramentos; conservó hasta el fin la integridad de sus facultades intelectuales y la entereza de su ánimo, y cuando conoció que se acercaba á los umbrales de la eternidad recitó el *Veni Sancte Spiritus* y la letanía de los Santos, entregando dulcemente, al terminarla, su alma al Criador.

España, y particularmente Nabarra, ha perdido uno de sus hijos más preclaros, uno de los que más pueden enorgullecerle. ¡Las bendiciones de los desgraciados le acompañarán más allá de esta vida!



Cuando despues de apagarse los rumores de la inmensa concurrencia que acompañó á sus restos hasta la puerta de la ciudad, contemplamos su cadáver en la soledad del Cementerio unos cuantos amigos, parecióme oír aquellas profundas frases que le inspirara en otros climas, la contemplacion del mar.

«En medio de la calma en que queda la naturaleza toda, despues del breve crepúsculo de estas latitudes; en esa hora vespertina tan propia para meditar y orar, contemplo cómo viene una ola rodando por aquella inmensa llanura; cómo haciendo resonar su imponente rugido asalta las rocas de la escollera, revienta en columnas de blanquísima espuma que salpican mi rostro, para retroceder luego de piedra en piedra lamiendo los mariscos y las algas hasta sumergirse silenciosa en los abismos de donde salió, y dejar su puesto á la nueva ola que llega, que trepa, que estalla bramando, y desciende y se hunde como la anterior, como la siguiente, como todas.

Así se suceden los dias del hombre sobre la tierra, persiguiendo siempre, y siempre en vano, las ilusiones fugaces de una felicidad mentida; así se suceden las generaciones en la historia asaltando con incesante afan el bienestar social que jamás alcanzan; y los hombres se sepultan en las generaciones y las generaciones se confunden en la humanidad, sin que quede aquí de tantos esfuerzos supremos, de tantos desesperados combates, sino lo que queda del mar; un rumor que se lleva la brisa; unas gotas de espuma que absorbe la arena.»

Pero si en este valle de miserias todo desaparece, todo concluye

en el sepulcro, este es el majestuoso pórtico de ingreso en la eternidad, bienaventurada para los que pasan por el mundo haciendo el bien y en Dios creen, esperan y aman!

¡Descanse en paz nuestro amigo del alma en esta tierra nabarra que tanto amó, á la sombra de la Cruz bendita ante la cual siempre prosternó su inteligencia y á la que adoró de lo íntimo de su corazon!

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

EL LEMA EUSKARO.

JAUNGOIKOA ETA FUEROAK.

Algunos de mis amigos, con un afecto que nunca agradeceré bastante, me instan á que, habiendo hablado acerca de la primera palabra de nuestro lema en mi artículo publicado en la *EUSKAL-ERRIA*, tomo XX, página 413, y en los que he dirigido al periódico titulado *La Voz de Guipúzcoa*, insertos en dicha Revista, tomo XXIII, página 253, y en el número 4 del periódico *La Union Vascongada*, lo haga ahora sobre la segunda de aquellas palabras.

Voy á hacerlo, con la claridad y brevedad posibles.

Contra la perdida, ó como quiera llamarse, de nuestros Fueros, no veo más que un remedio, encerrado en este solo verbo, cuya admision solicito: euskarizar; es decir, velar, de continuo y con preferencia, por los intereses permanentes de la raza euskara, cuales son su adorable lengua y los buenos usos y costumbres de nuestros mayores.

Lengua, sello de nuestra raza y arca de nuestras costumbres.

Usos y costumbres, buenos para todos los tiempos, como derivados de cuanto, con relacion á nosotros, entraña la primera palabra *Jaungoikoa*, que no envejece jamás.

Pero hablar y escribir de Fueros á cada momento, agitarnos febrilmente cerca de los Gobiernos, y mientras descuidar aquellos intereses,